

"EL SENADOR NO ES HONORABLE"

(COMEDIA EN TRES ACTOS, DE SERGIO VODANOVIC)

Por su calidad y fina factura, esta comedia, estrenada el Martes último en el "Petit Rex" por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, se destaca nitidamente sobre las otras obras que hasta esta fecha han sido puestas en escena con motivo del Festival de Teatro Chileno. El señor Vodanovic ha dado pruebas de poseer los atributos esenciales de un autor dramático: ideas, habilidad para expresarlas, sentido del teatro, dominio del diálogo y de la técnica escénica. Estas condiciones le han permitido idear un tema, plantearlo con soltura, darle un desarrollo de interés ascendente y un contenido de clara definición, sin recursos traídos de los cabellos y, por último, mantener el conflicto a través de los tres actos, con intensidad inteligentemente graduada, dentro de un marco de sobriedad y lógica, sin aspavientos episódicos que lo perturben ni concesiones a la divagación.

El asunto es muy simple. Un senador ilustre obtiene la dictación de una ley de poblaciones obreras y, en complicidad con el presidente de su partido y con otros conspicuos personajes de la política, crea una empresa que, con pingües ganancias, toma a su cargo la construcción de estas poblaciones. Su aporte a tal empresa lo entera con valores falsos, con acciones de una compañía minera inexistente. Al fallecimiento del senador, y cuando aun están en curso los homenajes a su venerada memoria, su hijo, Lorenzo Cruz, un abogado joven, pundonoso, lleno de lúeales y de orgullo de casta, descubre, por un periodista venal, la terrible verdad, en los mismos momentos en que la directiva de su partido ha acordado ofrecerle la senaturía que ha dejado vacante su ilustre padre. El joven profesional, anonadado por la comprobación del hecho infamante, rechaza con toda energía tal ofrecimiento, y en aras de sus principios y convicciones, amenaza con denunciar los turbios manejos de que se ha enterado y proclamar la verdad, por encima de su propio dolor, del buen nombre de su padre y del honor de su familia. En esta decisión, choca violentamente con el presidente de su partido, con el materialismo ambiente, con su propia madre, con su novia, a quien adora y, finalmente, después de una lucha en que se suceden tensas situaciones dramáticas, acerbos críticas, sutiles argumentos de persuasión y episodios sentimentales, la sorda confabulación de intereses, ambiciones y apetitos, doblega la voluntad del rebelde. El joven idealista sacrifica sus convicciones doctrinarias y acepta, con todas sus consecuencias, la postulación senatorial. Lo hace principalmente por el amor, para no perder a la mujer que ama, pero en seguida, en una súbita reacción, comprende que no podrá ser feliz con ella, que en cada uno de sus gestos y de sus palabras verá su vergonzosa claudicación. Y entonces, inesperadamente, casi sin transición, afronta el supremo sacrificio y rompe con la mujer que lo era todo para él.

Este final que, en estricta lógica, podrá merecer tal vez alguna objeción, revela que el nervio dramático del autor lo ha llevado, con seguro instinto, a cerrar su obra con un broche de oro. El doloroso conflicto a que se enfrenta el hijo del senador, y en que pugnan sus principios morales con la realidad ambiente que lo aprisiona; sus convicciones doctrinarias con el imperativo de los intereses creados, y su conciencia con sus más caros sentimientos, encuentra, finalmente, después de dramáticas alternativas y dentro de un claro concepto teatral, una solución humana, al par que bellamente idealista en el gesto de renunciación al amor, de la mujer por la cual había sacrificado sus ideales.

Los personajes, hábilmente delineados, tienen carácter y psicología bien definidas. Actúan y reaccionan como seres de carne y hueso. El autor les ha insuflado vida propia. La "macuquería" inescrupulosa y voraz de Ignacio Pinto; la complicidad de Beatriz; la "frescura" de Fariás; los tardíos arrestos del profesor ~~Acuña~~; el amor interesado y ambicioso de Alicia, etc., son cosas de todos los días. Estos personajes flotan en el ambiente y todos los hemos visto.

El diálogo es fluido, a veces mordaz, otras, irónico; pero siempre fino. Encuentra en cada pasaje y en cada interlocutor el tono adecuado y la expresión precisa. El movimiento escénico está manejado con acierto, sin vacilaciones. La intención crítica de la obra, sostenida con honrada valentía, se mantiene en un marco de mesura, sin que por ello deje de envolver una estocada a fondo a ciertos hábitos y corruptelas de nuestro mundo político.

La interpretación, que en sus roles principales estuvo a cargo de Mario Montillos, Silvia Infantas, Justo Ugarte, Jorge Alvarez, Gabriela Montes y Alberto Rodríguez, fué pareja y se mantuvo a través de toda la obra a un nivel discreto. Justo Ugarte, sin embargo, sobresalió con relieves propios, en su caracterización irreprochable del "macuco" político, Ignacio Pinto.

La dirección de Hernán Letelier, correcta como de costumbre, imprimió a la acción el ritmo y clima adecuados, y la decoración dió el ambiente con propiedad.

En suma, UNA OBRA. Y así lo estimó el público, que la recibió con calurosos y muy merecidos aplausos.